

BIBLIOTECA DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

XLII

CICLO DE CONFERENCIAS

**CENTENARIO DE LA APERTURA DE
LA GRAN VÍA**



*A. SÁNCHEZ ÁLVAREZ INSÚA – M.ª T. FERNÁNDEZ TALAYA – J. DEL CORRAL
RAYA – L. M. APARISI LAPORTA – C. CAYETANO MARTÍN – M. BERNAL
SANZ – S. TORREGUITART BÚA – F. PORTELA SANDOVAL*

*INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
C. S. I. C.*

INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Centro de Ciencias Humanas y Sociales

La responsabilidad del texto y de las ilustraciones insertadas
corresponde al autor de la conferencia.

Imagen de cubierta: Vista de la Calle de Alcalá, antes de iniciarse la Gran Vía.

© 2011 Instituto de Estudios Madrileños
© 2011 Los autores de las conferencias

ISBN: 978-84-935195-8-2
Depósito Legal: 49.989-2011
Impreso en España

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
<i>Presentación</i> , por ALFREDO ALVAR EZQUERRA.....	9
<i>Anotaciones al ciclo de conferencias del Centenario de la apertura de la Gran Vía</i> , por M ^a TERESA FERNÁNDEZ TALAYA	11
<i>El centro de Madrid antes del trazado de la Gran Vía</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ INSÚA.....	15
<i>La Red de San Luis se incorpora a la Gran Vía</i> , por MARÍA TERESA FERNÁNDEZ TALAYA.....	33
<i>Pérdidas y ganancias de la Gran Vía</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA.....	53
<i>De cómo la Gran Vía trastoca el callejero</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA.....	59
<i>La burocracia y espacio urbano: la Gran Vía en la Administración Municipal</i> , por CARMEN CAYETANO MARTÍN.....	73
<i>La desaparición de los palacios de Jacometrezo en el trazado de la Gran Vía</i> , por MARÍA BERNAL SANZ.....	91
<i>El Centro Cultural de los Ejércitos, la Gran Peña y el Círculo de la Unión Mercantil e Industrial. Tres edificios emblemáticos del primer tramo de la Gran Vía</i> , por SUSANA TORREGUITART BÚA.....	107
<i>La escultura y la Gran Vía: fachadas e interiores</i> , por FRANCISCO PORTELA SANDOVAL.....	125

EL CENTRO DE MADRID ANTES DEL TRAZADO DE LA GRAN VÍA

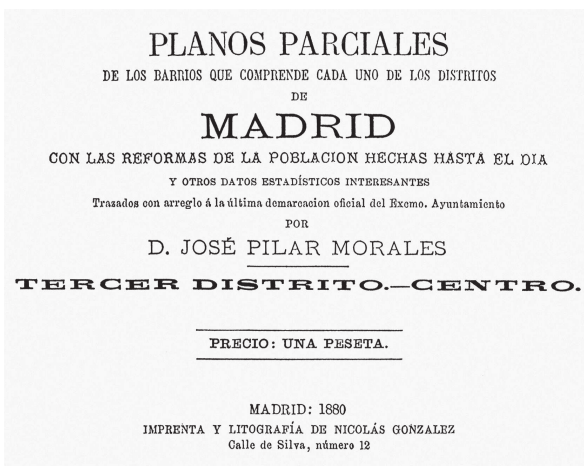
Por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ INSÚA
Instituto de Estudios Madrileños

Conferencia pronunciada el día 2 de marzo de 2010,
en el Centro Cultural de los Ejércitos

El plano de una ciudad es la expresión de lo que fue ese ser único y, en cierta manera, indivisible de una urbe hija, como todos los seres, de su historia. Si al plano se acompaña una guía que incluye sus callejeros, sus edificios singulares, sus dotaciones y sus contornos, la imagen se amplifica, se llena de contenido.

Madrid, hay que decirlo de una vez por todas, ha tenido, históricamente, mala suerte. El devenir no ha permitido –como en el caso de Lisboa– que una catástrofe se convierta en un adecuado plan general realizado a sangre y fuego por el Marqués de Pombal. Tampoco, como en el caso de París, ningún general victorioso ha procedido a demoler sus edificios y configurar, como Bonaparte, grandes avenidas que permitieran el paso de sus cañones. Incluso, sin llegar a tales extremos, tampoco tuvo un hombre genial como Ildefonso Cerdá, autor en 1859 del ensanche barcelonés, ni una burguesía dinámica y europeísta que lo apoyara. Antes bien, gozó de una timorata población recelosa de perder sus privilegios y empeñada por tanto en poner «puertas al campo», que pensaba en Madrid en términos de ciudad cerrada, compartimentada en barrios altos y bajos, mal comunicada y, por tanto, defendida de todo tipo de migraciones exteriores e interiores.

Pero vayamos a la base de nuestra descripción, comenzando por su antecedente: la *Guía del Plano* de José Pilar Morales de 1877, que precedió al plano parcial del Distrito Centro que luego analizaremos y que será la piedra angular de nuestra exposición. Madrid no alcanzaba en aquellas fechas el medio millón de habitantes, pero ya se intuyen los que van a ser sus polos de crecimiento territorial y también sus problemas. Su radiografía plana muestra una ciudad bipolarizada en dos sentidos: cardinal (Norte-Sur), y en razón de la altitud en barrios «altos» y «bajos». Esa bipolaridad marca su crecimiento en los albores del XIX y principios del XX y abona que las capas alta y media urbanas tiendan a ocupar las zonas que se extienden en dirección a los barrios actuales de Fuencarral y Chamartín en busca de las cotas más altas y de un mejor hábitat en forma de verdor. Se diseñarán para ellas las calles y avenidas más



anchas: Recoletos, Serrano, Velázquez, alejándose del centro al que les resulta fácil acceder al estar dotadas de medios de transporte propio o de alquiler. Surge así el barrio de Salamanca, que habría de concluir, momentáneamente, en la calle Diego de León, y que constituyó el extremo Norte de Madrid al que, con el paso del tiempo, pudo accederse como excursión urbana en la plataforma de un tranvía. Cuando,

a principio de siglo, se construyeron los hotelitos unifamiliares que todavía subsisten, bajo el epígrafe de casas «baratas» o «económicas», Chamartín de la Rosa, entonces municipio independiente se convirtió en lugar de veraneo.

Paralelamente, el otro Madrid denominado de los «barrios bajos» irá extendiéndose hacia el Sur y se convertirá en receptáculo de las oleadas migratorias que fluyen lenta pero inexorablemente del campo a la ciudad a lo largo de todo un siglo.

En otro orden de cosas, Madrid se dibuja, al inicio del último tercio del XIX, como una ciudad ajena a la producción industrial con sólo dos fábricas amén de algunos tejares: de Cigarros y del Gas, de las que sólo la primera genera «mercancía exportable» extramuros de la ciudad. Su actividad productiva se basa únicamente en el comercio, la banca y un incipiente sector hostelero-turístico destinado a albergar a aquellos que vienen a la capital tanto por imperativos de carácter administrativo como por razones de solaz y ocio. Otro documento que manejaremos será la *Guía-Manual del Forastero en Madrid* de 1902, muy poco antes de la inauguración de la Gran Vía, obra de un tal Hispánico, al que por mucho que lo hemos intentado no hemos podido identificar. Pero volviendo a nuestro tema, no cabe duda, que Madrid concentra —centraliza— el poder administrativo, las dotaciones culturales y educativas, y se goza, simultáneamente, de cuarteles, cárceles, conventos, teatros y circos.

Su organización municipal —diez alcaldías de distrito— se apiñaba en torno a la actual «almendra central», con una organización radial en la cual —para desesperación de Fernández de los Ríos— todo pasaba obligatoriamente por la Puerta del Sol. Madrid, ya sea en el plano de Pilar Morales o ya en el realizado por Fernández de los Ríos y publicado por aquel en la *Guía de Forasteros* de los años 1870, 1871, 1872 y 1873, observado a vista de pájaro es un mazacote terrible, apenas dividido por unas callejas estrechísimas, ayuno de espacios abiertos —aunque tenga un número no despreciable de plazas y plazuelas— en el cual cabe suponer que el aire, indispensable para la vida de sus ciudadanos, se cuela como puede por las rendijas. Para colmo de males —y nueva desesperación de Fernández de los Ríos— tiene nada más ni nada menos que

diez cementerios que, incrustados en la ciudad y en sus naturales vías de expansión, yugulan su crecimiento.

Tal es el Madrid de 1877 que lentamente va a ir creciendo hasta 1939, y crecerá luego, de forma compulsiva y desordenada, a partir del inicio de la segunda mitad de nuestro siglo; su crecimiento no altera profundamente –hasta 1979– la problemática fácilmente deducible del estudio de la *Guía del Plano* de José Pilar Morales, subsumiendo sencilla y llanamente como nuevos distritos aquellos que nuestro autor reseña como confines de Madrid: El Pardo, Fuencarral, Chamartín de la Rosa, Canillas, Vicálvaro, Vallecas, Carabanchel Alto y Bajo, Villaverde, Húmera y Aravaca.

Madrid, a diferencia de otras poblaciones españolas tardó en ser cartografiado e historiado. El XIX se inicia con el *Plano Geométrico de Madrid/ demostrado con los 64 barrios/ en que está dividido* de Fausto Martínez de la Torre que lo delineó, grabó e imprimió en Madrid en 1800 en la imprenta de Doblado. Martínez de la Torre realizó una copia reducida del plano anterior de Tomás López (1745), añadiéndole una guía compuesta de 64 láminas (pequeños planos de los barrios), 115 páginas y un gran mapa plegado de medio metro.

Tras el *Plano de Madrid Diccionario Geográfico Estadístico-Histórico* de Francisco Coello y Pascual Madoz, que nuestro Ayuntamiento, tras valorarlo y estudiarlo declarará Plano Oficial de la Villa. el gran hito urbanístico lo constituirá el plano de Carlos María de Castro, *Ensanche de Madrid/ Anteproyecto/ Plan General de la zona de ensanche y del/ emplazamiento y distribución del nuevo caserío/ Ejecutado por Real Decreto de 8 de Abril de 1857/ Aprobado por Real Decreto de 19 de Julio de 1860*. Seis años más tarde, y coincidiendo con la edición del *Plano Catastral del término de Madrid* levantado por el arquitecto Carlos Colubi, el personaje objeto de nuestro estudio, José Pilar Morales da a las prensas la primera de sus aportaciones a la planimetría madrileña, cuyo interés reside, precisamente, en incorporar la «esplanación del Ensanche» (lo escribo así, con «s», respetando la grafía original), y en reiterar su trabajo a lo largo de varios años, incorporando las escasas diferencias que van surgiendo en nuestro devenir como ciudad. Pero, y llegados a este punto cabe preguntarse: ¿quién era José Pilar Morales?

En 1866, dos años antes de la caída de Isabel II y de la batalla del Puente de Alcolea, José Pilar Morales da –como él dice– a la «estampa» la primera edición de su *Plano de Madrid* que, aspecto este muy corriente en aquellas fechas, conocerá ese mismo año una segunda edición aumentada. La tercera, cuya fecha de impresión desconocemos, da paso a la cuarta que sale de las prensas en 1877, aunque también existe otra cuarta que tanto en el plano como en la cubierta de la guía lleva la fecha de 1879. En ambas el título es el mismo, *Guía del plano de Madrid y sus contornos en 1877*, y fueron impresas en la Tipografía de Gregorio Estrada. Todavía conocerá la obra una quinta edición: *Guía del Plano de Madrid y sus contornos en 1880*, salida, como la primera y segunda de la Imprenta de Nicolás González (C/ Silva, 12). Ese mismo año y en esa misma imprenta, Morales publicó los *Planos parciales de los barrios que comprende cada uno de los distritos de Madrid: con las reformas de la población hechas*

hasta el día, y otros datos estadísticos interesantes: trazados con arreglo a la última demarcación oficial del Excmo. Ayuntamiento. Del dedicado al distrito Centro habremos de hablar de forma detallada.

Pilar Morales publicó otras muchas obras: *Manual de Dibujo Topográfico, catastral, geográfico e hidrográfico*, que conoció al menos dos ediciones y se vendía, en 1877, al módico precio de 54 reales (13 pesetas y media), lo que era incrementado con su *Adición al Manual*, a 10 reales, poniéndose la obra completa en la nada módica cantidad de 16 pesetas. Pero nada comparado con su *Esfera terrestre*, que costaba, nada más y nada menos que 60 pesetas, de las de entonces. Aprobada por el Consejo de Instrucción Pública para la enseñanza de la Geografía General en los Institutos y Escuelas de Primera Enseñanza, medía 70 centímetros de diámetro y figuró en muchas de las mesas de los maestros de entonces. Bastante más económico, costaba la mitad, fue su *Globo geográfico*, de un metro de circunferencia; cuyo volumen, si nos tomamos la molestia de dividir por el número pi, comprobaremos que era exactamente la mitad que el de la *Esfera*. Tenía también el aval del citado Consejo de Instrucción Pública, y los de la Academia de la Historia y la Sociedad Geográfica de Madrid.

Una *Geografía elemental y particular de España: adornada con los mapas de las 49 provincias, y 9 generales de la Península* salida de la tipografía de Nuñez Amor en 1865 y un curioso opúsculo, *Turquía: teatro de la guerra de Oriente*, impreso en 1876 en la Litografía de Nicolás González en folio doble con marquilla y acompañado de un mapa iluminado y plegado, completan la obra que de él conocemos. Vendía su producción el propio autor en su casa (calle Imperial, 8, segundo izquierda), previo pago de su importe y en letras de fácil cobro.

No era Morales, ni mucho menos, un indocumentado, sino antes bien individuo de notables saberes y avezado en el desempeño de cargos: Director de caminos y canales de riego, Maestro de Obras por la Academia de Bellas Artes de San Fernando y Profesor de la ya en 1877 extinta Escuela especial de Operaciones Geográficas de la Junta General de Estadística, antecesora del Instituto Geográfico; cargos que sin duda constituyen sus más importantes cartas de presentación.

En 1841, al inicio de la Regencia de Espartero, el Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid decide levantar a sus expensas un plano de la capital, tarea que se prolongaría a lo largo de un quinquenio, para finalizarse en 1846. Sobre este plano de 1846 construye Morales el suyo inicial a escala 1/10.000, representando una superficie total de 34 kilómetros cuadrados. El plano aparece contorneado, enmarcando sus diez Distritos: I Palacio, II Universidad, III Centro, IV Hospicio, V Buenavista, VI Congreso, VII Hospital, VIII Inclusa, IX Latina y X Audiencia.

Pero si esa fue la descripción de la ciudad ¿qué había en el centro? Pues lo que todos conocen como «la almendra central», poco diferente de la actual. Y en el Centro, centro, la Puerta del Sol.

Siguiendo siempre los datos aportados por Morales, tanto en el *Plano* como en su *Guía*, Madrid tenía entonces una superficie de 6.600 hectáreas, 60 kilómetros cuadrados aproximadamente, y su topografía la constituían una serie de colinas poco pronunciadas ayunas de vegetación, salvo los encinares de la Casa de Campo. Eso, naturalmente referido al término municipal completo. La superficie, dentro de las rondas apenas alcanzaba los 8 kilómetros cuadrados, con una población en todo el término municipal de 468.188 almas y una densidad poblacional de 7.093'75 habitantes por kilómetro cuadrado. En su edición de 1880, Pilar Morales establece una notable corrección a la baja, según censo de 1877 (la edición del plano de ese año, 1877, utilizó los datos del censo anterior) que estableció un total de 400.531 habitantes y una densidad de 6.068, 51 almas por unidad kilométrica. El perímetro que cerraba la nueva zona del ensanche era de 18.000 metros o 3 leguas y media, entrecruzados por un total de 840 vías urbanas, entre Calles (622), Callejones (15), Caminos (11), Campillos (3), etc., con 76 Plazas, 4 Puertas y 6 Puentes. Las mismas vías urbanas tenían una extensión lineal total de 349 kilómetros o 63 leguas, y el escaso medio millón de madrileños habitaba en un total de 8.207 fincas urbanas dentro del casco antiguo.

La lista alfabética de las vías urbanas permite comprobar que muchas, muchísimas calles mantienen su ubicación y denominación primitivas. Han desaparecido en cambio de totalidad de los siete arroyos existentes en dicha fecha: Abroñigal, Barranco del Hospital de Caño-roto, de Embajadores, de Luche, de los Meaques y de San Bernardino.

Lo que ahora son barrios insertos en la gran ciudad antes eran arrabales: el de Argüelles en la Montaña del Príncipe Pío; de las Bellas Vistas, entre las Navas de Tolosa y la calle Real; el de la Carretera de Aragón entre la Plaza de la Independencia y la plaza de Toros –no la de Ventas, claro, que se inauguró en 1931–; el de Chamberí, entre la Carretera de Francia y la de Almagro, Castellana y paseo del Obelisco; el de Pacífico y el de las Peñuelas; el de Pozas; y el de Salamanca, entre la plaza de la Independencia y la estación del Tranvía, ubicada donde veremos a renglón seguido; el de Santa Bárbara, entre las calles de Santa Engracia y Almagro; el de Valle-Hermoso; y el del Sur, ubicado entre el arroyo del Hospital y el paseo de las Delicias.

El transporte por ferrocarril se estructuraban en líneas del Norte y Noroeste (Hendaya, Santander, Zamora, Bilbao, Gijón y Brañuelas); y de Mediodía (Zaragoza, Barcelona, Tarragona, Gerona, Albacete, Alicante, Cartagena, Sevilla, Cádiz, Málaga, Badajoz, Toledo y la línea del Tajo). El tranvía, que antes mencionábamos, era línea única, ubicándose sus cocheras y estación final en el Barrio de Salamanca, final de la calle de Serrano (léase en el cruce actual con Diego de León, arrabal de Madrid donde se ubicó la famosa Vaquería del Reloj, Diego de León esquina a Claudio Coello, punto de cita obligada de excursionistas deseosos de incorporar a su merienda la leche recién ordeñada). Su recorrido era: Serrano, calle de Recoletos, paseo del mismo nombre, calle de Alcalá, Mayor, plaza de Oriente, barrio de Pozas, Ferraz, Ventura Rodríguez y vuelta.

ORGANIZACIÓN ADMINISTRATIVA

Tenía Madrid, como ya se ha dicho, diez Alcaldías de Distrito ubicadas, eso sí, lejos de los mismos en demasiado casos: la de la Audiencia estaba en la Plaza Mayor, n.º 3, la de Buenavista en la calle de la Reina, 8 duplicado; la de Centro, en Caños, 4; la del Congreso en Desamparados, 15; la del Hospicio en Barco, 26; la del Hospital en Atocha, 155; la de la Inclusa en Embajadores, 48; la de Latina en Carrera de San Francisco, 4; la de Palacio en Fomento, 6; y, finalmente, la de la Universidad en la calle de la Estrella, 20 y 22.

Gozábase Madrid de ocho Ministerios, de la Presidencia del Consejo de Ministros (en la calle de Alcalá), del Congreso y del Senado, del Consejo de Estado; y de los Gobiernos Civil (en la calle Mayor) y Militar; órgano director de los once cuarteles existentes; y en lo que administración de Justicia se refiere, diez Distritos Judiciales, Audiencia Territorial, Tribunal Supremo y Tribunal de Cuentas. Había tres cárceles: de Mujeres, Prisiones Militares y de la Villa (vulgo Saladero); y dos más en construcción en aquellas fechas: de la Audiencia y de Jóvenes delincuentes.

EQUIPAMIENTOS

Tenía Madrid, en aquel entonces, 8 Casas de Socorro, careciendo de ella los Distritos de Audiencia y Latina; 18 Hospitales, uno de ellos, el Homeopático en Chamberí, que llegaría hasta nuestros días, y otro de Incurables para Mujeres en la calle de Amanié; un Hospicio, el de San Fernando; 11 Asilos entre los que destacaban el de Cigarreras de Atocha (carretera de Valencia), la casa de Maternidad de Mesón de Paredes, 80, el de las Hermanitas de los Pobres de Santa Engracia, 8, el de Hijos de Lavanderas y el del Pardo, a dos leguas de la capital.

Atendida la salud del cuerpo, pasemos a la del alma. Había, nada más ni nada menos, que 18 Conventos de Religiosas, 5 Ermitas, 43 Iglesias y Oratorios, y 18 Parroquias.

El alimento del cuerpo era atendido por una Casa Matadero –en Puerta de Toledo– y 10 Mercados.

El del espíritu venía asegurado desde la infancia con 14 Colegios de Educación, dos de ellos dedicados a la atención de minusválidas: el Nacional de Sordomudos y Ciegos y otro cuya denominación es hoy inconcebible por lo políticamente incorrecta: el llamado «para la educación de idiotas», situado en la Quinta de la Esperanza. Institutos de Enseñanza había 2: del Noviciado (en la Universidad) y de San Isidro. A cambio había 7 Facultades: de Ciencias, Derecho, Farmacia –en la calle del mismo nombre–, Filosofía y Letras, Medicina, del Notariado y de Teología; y 21 Escuelas, desde la Diplomática y las cuatro de Ingenieros, hasta la de Institutrices, las Normales y las Escuelas Pías.

La Cultura estaba asegurada: 17 Bibliotecas, 3 Archivos, 9 Academias y otras 9 Sociedades Culturales y Científicas: Ateneo, Económica Matritense e Institución Libre de Enseñanza son las más conocidas.

Tenía Madrid 16 teatros, habiendo llegado cuatro de ellos hasta el día de hoy: Comedia, Español, Real y de la Zarzuela. Otros desaparecieron no hace tanto como el Eslava y el Martín, e incluso el transformado en cine después de 1939, el Príncipe Alfonso. Se unían a ellos dos Circos: uno especializado en peleas de gallos en el Paseo de la Castellana y el de Price, denominado «ecuestre». Cerraba el conjunto la Plaza de Toros, ubicada en unos campos al final de las calles de Goya y Jorge Juan. Aledaños había un Salón de Conciertos de planta circular y una Casa de Baños de forma triangular. Había otro coso taurino, el situado ya fuera del término municipal, entre la Carretera de Aragón, La Esplanación del Ensanche, y los Caminos de los Almendros y Nuevo de Vicálvaro.

POR EL TAÑIDO SE SABE DONDE ESTÁ EL FUEGO

En una ciudad como Madrid los incendios fueron sin duda preocupantes, máxime en una época en la que la madera era elemento habitual de construcción. Pero el problema del fuego no era sólo como apagarlo, había también que evitar su propagación. Ni que decir tiene que la ciudadanía, armada de cubos, fue el principal combatiente de la avalancha ígnea haciendo uso de las escasas tomas de agua preparadas al efecto. Por otra parte, localizar el fuego era imprescindible para tres cosas: intentar apagarlo, poner a salvo las pertenencias y poner pies en polvorosa.

El método empleado, por lo primitivo, recuerda mucho al tam-tam selvático. Consistía en tañer campanas, primero en arrebato y luego a efectos de identificación. Oigamos a Morales: Indicador de campanadas para los casos de incendio. Las Campanadas correspondientes al Distrito se dan con la Campana Grande; las que indican el Barrio con la de timbre más fino.

Un ejemplo ilustrará el galimatías: Si se escuchaban ocho campanadas atronadoras seguidas de otras ocho aflautadas, todo el mundo sabía que el siniestro tenía lugar en el Distrito de la Inclusa y, dentro de él, en el barrio de Peñuelas. Si sonaban una y dos, el incendio era en Palacio y, en concreto, en el barrio de Amaniel. Teniendo en cuenta que existían nada más ni nada menos que cien combinaciones posibles es más que dudoso que tan ingenioso sistema sirviera para algo. Una vez más, el humo que no el tañido, indicaba de forma mucho más precisa el lugar del fuego.

LA EVOLUCIÓN DE MADRID EN LOS PLANOS DE JOSÉ PILAR MORALES

El Profesor Santos Juliá, extraordinariamente crítico con nuestra ciudad en su obra *Madrid, capital del Estado (1833-1993)* señala como pese a atribuirse nuestra monumentalidad a Carlos III, los grandes equipamientos y edificios públicos tienen su origen en el período isabelino. Así, la iluminación de las calles y la numeración de las fincas a un lado y otro de cada calle vendrán de la mano en 1834 del Marqués

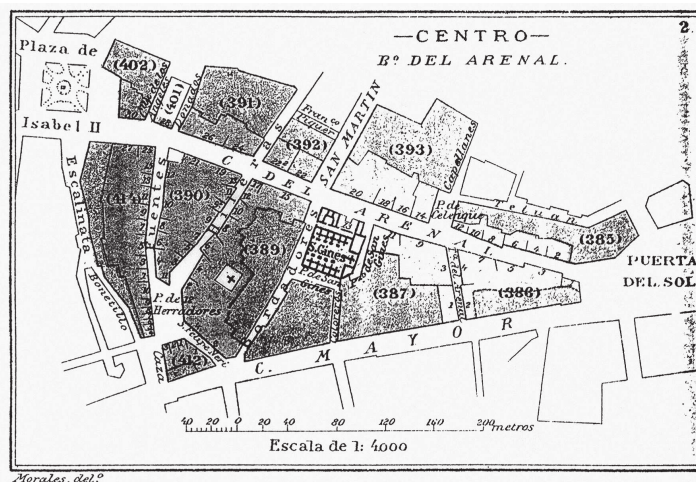
Viudo de Pontejos, el agua de Lozoya discurrirá por los canalillos a cielo abierto de y para el Canal de Isabel II en 1858; en 1860 se iniciará ese Ensanche que tanto preocupaba a Fernández de los Ríos, opuesto radicalmente a los planteamientos de Castro de dilatar perimétricamente la ciudad, trasladando sus cerramientos y además cuadrificarla. En 1866, año en que José Pilar Morales da a la «estampa» la primera edición de su *Plano de Madrid*, se pone la primera piedra de la Biblioteca Nacional: tardará más de un cuarto de siglo en concluirse, precisamente en 1892. Tras «La Gloriosa» y en pleno reinado de Amadeo, en 1871, tiene lugar la inauguración de los tranvías, que ya aparecen en la edición de 1877. Tardarán veintisiete años en electrificarse, justamente en el año del desastre, 1898. Dos décadas más tarde, en 1919, los madrileños podrán viajar en Metro de Sol a Cuatro Caminos. Pero, entre los primeros tranvías y la edición del plano de Pilar Morales de 1877 han sucedido a la monarquía saboyana la I República y la Restauración borbónica. Dos años después de esa edición del plano, un año antes de la última de 1880, un sector de la clase obrera española se aparta del bakuninismo y constituye en una taberna de la calle Tetuán, que aún existe, el Partido Socialista Obrero de Pablo Iglesias.

Hay ciudades que se depauperan con el tiempo, otras se estancan, y algunas mejoran rápida o lentamente. Cualquier concentración urbana es hija de su historia; y los avatares políticos propios y de la nación de la que forman parte determinan totalmente su evolución. Empezábamos diciendo que Madrid había tenido, históricamente, mala suerte. Siendo esto cierto, no lo es menos que lentamente, a veces de forma desesperadamente lenta, ha ido siempre a mejor, desde sus orígenes hasta nuestros días. Evolución positiva que, en cortos espacios de tiempo, es difícil de apreciar, precisamente por aquellos que viven en nuestra ciudad. Pero ahí quedan los documentos que lo reflejan, como esos planos y esas guías que José Pilar Morales trazó y redactó a lo largo del último tercio del siglo XIX madrileño.

EL CENTRO DE MADRID EN LOS PLANOS PARCIALES DE PILAR MORALES

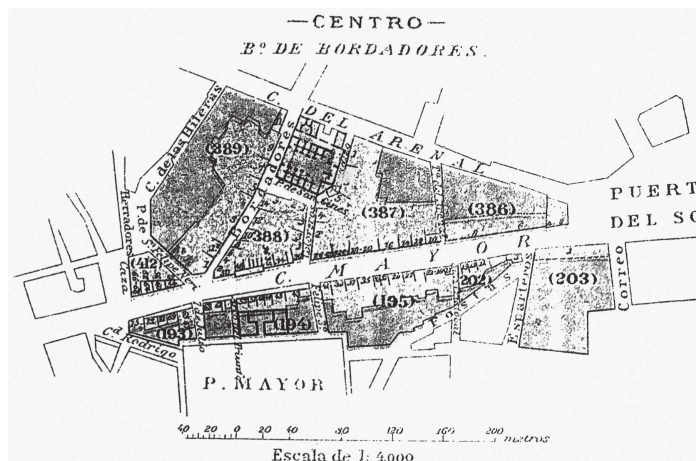
Ya hemos señalado que en 1880 José Pilar Morales dio a las prensas sus Planos parciales de los barrios que comprende cada uno de los distritos de Madrid, «con las reformas de población hechas hasta el día y otros datos estadísticos interesantes. Trazados con arreglo a la última demarcación oficial del Excelentísimo Ayuntamiento».

Resumir todos y cada uno de los diez barrios correspondientes a los diez distritos es tarea que excede del título y materia de esta charla. A esta limitación se añade otra: de los citados «Planos parciales» sólo uno es accesible, el correspondiente al Tercer Distrito, Centro, del cual existen sendos ejemplares en la Biblioteca Nacional y en la Navarro Tomás del Centro de Humanidades y Ciencias Sociales del CSIC, entidad que acoge a nuestro Instituto Aunque la cartografía de Morales en buena parte está semiperdida, esto nos hace sospechar que tal vez el proyecto editorial de publicar todos y cada uno de los «Planos parciales» se truncó y sólo salió de las prensas el



a la Plaza de Isabel II. La Calle del Arenal era su arteria central, y venía definido por las Calles Mayor, del Bonetillo, de la Escalinata y, en su extremo superior por Tetuán, Plaza del Celenque, San Martín, el final de Hileras y la Costanilla de los Ángeles.

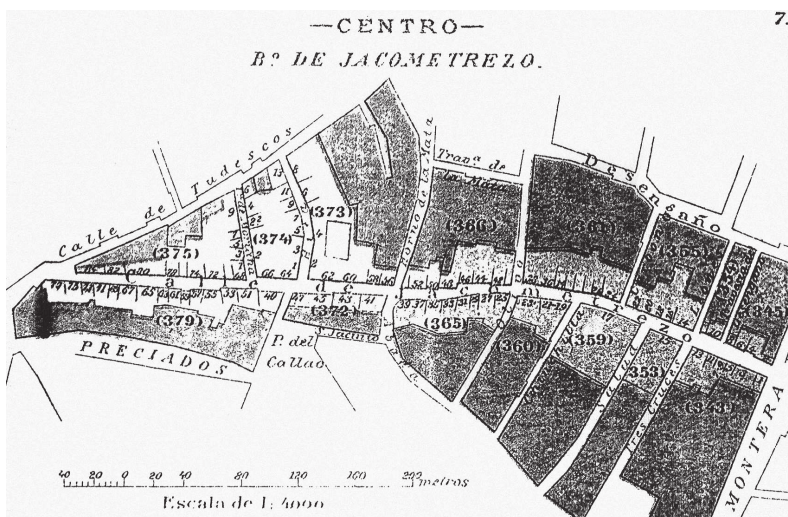
También triangular era el espacio comprendido entre Arenal, Puerta del Sol, Mayor, Plaza de Herradores e Hileras, amén de los accesos que desde Sol y la Calle Mayor se orientaban hacia la Plaza Mayor: Correo, Esparteros, Postas, Felipe III, 7 de Julio y Ciudad Rodrigo. El espacio recibía el nombre de Barrio de Bordadores, y en sus dos hectáreas y media residían 2.617 almas.



El cuarto Barrio era el denominado de Las Descalzas, con forma de trapecio rectángulo, 4,69 hectáreas y 2.266 habitantes. Venía limitado por Arenal, Preciados, Plaza del Callao y Costanilla de los Ángeles. Tenía, en su centro, dos Plazas importantes: San Martín y de las Descalzas, en donde se ubicaban los Salones Capellanes, El Monte de Piedad y Las Descalzas Reales.

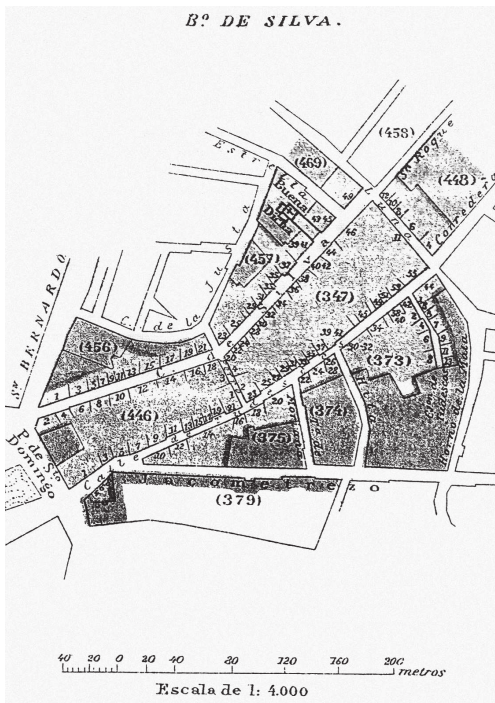
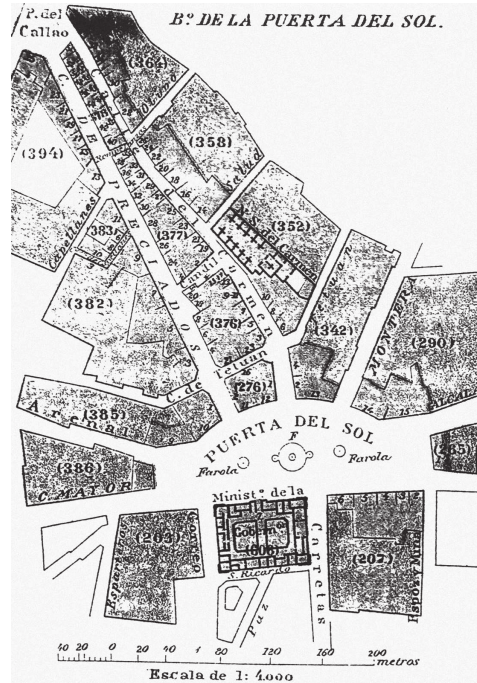
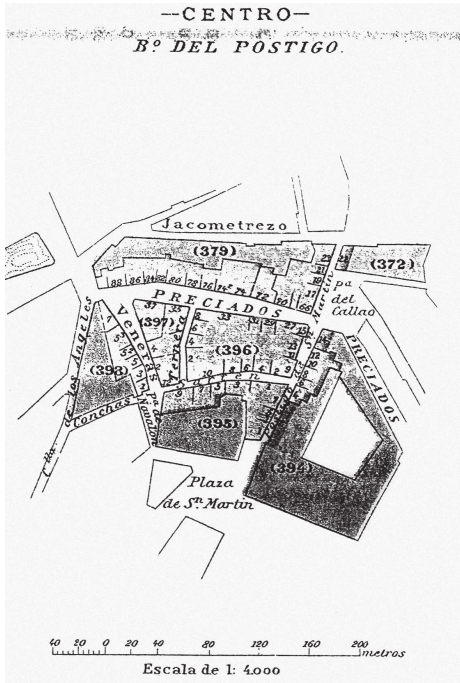
su centro arterias tan importantes como Carlos III, Felipe V, Biblioteca, Bola, Cuesta de Santo Domingo, Campomanes, Caños y Costanilla de los Ángeles. Cerraba el Barrio, en su extremo nordeste, la Plaza de Santo Domingo, a la que tributaban Torija, Leganitos, Isabel la Católica, San Bernardo y Silva.

Con la extraña figura de una deformada punta de lanza, el séptimo Barrio era el de Jacometrezo, que posteriormente alteraría profundamente su geografía al construirse la Gran Vía. Como se sabe, su primer proyecto fue el planteado por Carlos Velasco, puesto sobre el tapete seis años más tarde, en 1886. Su resultado fue básicamente teatral: el día 2 de julio de ese año se estrenó la revista de Chueca y Valverde con libro de Felipe Pérez González *La Gran Vía*, con gran éxito, pero tendrían que pasar todavía dieciocho años hasta que en 1904 se aprobara el proyecto definitivo, y casi un cuarto de siglo para que en 1910 Alfonso XIII inaugurara las demoliciones. Jacometrezo pues permanecería, tal cual, un cuarto de siglo. Pero sigamos con nuestra descripción. Dicha calle era su arteria principal, atravesándolo de punta a punta. Lo cerraban Montera, Desengaño, la Travesía de la Mata y Tudescos; y al sur, Preciados y la Plaza del Callao. Lo habitaban 2.636 almas que se disputaban sus 2,72 hectáreas, edificadas en más de un ochenta por ciento.



El octavo Barrio, del Postigo, era el de menor número de habitantes, tan sólo 1.965, repartidos en 1,89 hectáreas. Estaba limitado por Jacometrezo al norte, La Plaza de San Martín al sur, Preciados al este y la Costanilla de los Ángeles al oeste. Cruzaban dicho barrio Veneras, Ternera, Sartén y el Postigo de San Martín.

Pero el centro de Centro era su noveno Barrio, Puerta del Sol, tan similar en su configuración con la del momento actual que no merece la pena reseñarla. Limitaba al norte con Callao, al este con el inicio de Alcalá, al sur con el Ministerio de Gobernación y aledaños, y al oeste con Mayor y Arenal. Tenía 2.792 habitantes y una extensión de 4,86 hectáreas. Era, eso sí, el más «esponjado» de todos: sólo estaba edificado



en un 55 por ciento, siendo casi la mitad de su superficie vías públicas.

Y finalizamos ya nuestro recorrido por los Barrios del Distrito de Centro. El décimo y último era el de Silva. Tenía 3.379 habitantes y 2,88 hectáreas, de las cuales 2,37 estaban edificadas. Lo flanqueaba al sur Jacometrezo, al oeste Santo Domingo y San Bernardo, al norte la calle de la Justa, afluyendo a él la de la Estrella y cerrábase al nor-este y este por la calle de la Luna, en la cual desembocaban San Roque y Corredera. Su figura de punta de lanza desmochada se veía atravesada por las pseudoparalelas de Silva y Tudescos.

Siguiendo sus costumbres alfabéticas, Morales nos da, en la página 11 de su opúsculo una Lista Alfabética de los Edificios Públicos, etc. del Distrito Centro.

Así, la Académica Médico-Quirúrgica estaba en el Callejón de Preciados, 3; la Alcaldía de Distrito en la Costanilla de los Ángeles, 1; la Biblioteca Nacional en la calle de su nombre, 10, con vuelta a la Plaza de la Encarnación (se ubicó en dicha sede desde el 11 de junio de 1826 hasta su traslado a su actual sede).

Algo tan imprescindible como una boca de incendios se encontraba en la calle de la Priora; y había dos capillas: del Monte de Piedad, con entrada por la calle San Martín, y de Santa Catalina de los Donados, aneja al Colegio de Ciegos, en el número 4 de su calle. La Casa de Socorro del Distrito estaba en Preciados, 72 y el Colegio o Asilo y protección de sirvientes en Bola, 7.

La Dirección General de la Deuda Pública estaba en la calle de la Salud, 2 y la Escuela Nacional de Música y Declamación en el Teatro Real, mientras que la ínclita sociedad Fomento de las Artes, dedicada a la instrucción de artistas y artesanos, se ubicaba en Luna, 11.

Las Escuelas Municipales –con estricta separación de sexos– estaban en Tetuán, 3 y Tres Cruces, 3 –la de niños– y en Bordadores, 3 –la de niñas.

Iglesias había tres: Buena Dicha, en Silva, 4; de San Luis de los Franceses, en Tres Cruces, 8; y la del Carmen, que no se ha movido del sitio.

Tampoco lo han hecho el Ministerio de Gobernación o Casa de Correos en 1768, cuando se construyó –por más que ahora sea sede autonómica–; ni el Monte de Piedad y Caja de Ahorros, creado en 1838 por ese gran munícipe que fue el marqués viudo de Pontejos.

Han desaparecido, en cambio, la Junta provincial de Beneficencia, Donados, 4 y el Juzgado Municipal, Preciados, 72. Pese al incendio en 1824, la Parroquia de San Ginés –que ya existía a mediados del siglo XIV– continuaba y continúa en pie.

Los alquilerables Salones de Capellanes, anejos al teatro del mismo nombre y en el número 10 de la calle de ídem, ha mucho que desaparecieron y no tanto el Teatro Salón Eslava. Únicamente el Teatro Real continúa dando fuste al Distrito y placer a sus muy influyentes espectadores.

Esto daba de sí el interesante cuadernillo. Pero hay algo más que por su interés sociológico y su contenido semántico no nos resistimos a explayar: la publicidad.

Cualquier experto en tan habitual como abusiva disciplina sabe que el dedo del publicitario señala directamente al receptor. Es por ello que Morales incluyó publicidad en sus opúsculos, comenzando por la de sus propias obras. Pero, en estos Planos parciales la publicidad va dirigida hacia la clase urbana que los habitaba y estaba especialmente dirigida a los geográficamente cercanos.

Así, a los de Abada les recomienda la Farmacia Homeopática Especial de García Cenarro, sita en los números 4 y 6 de la calle del mismo nombre, que ofrecía Cajas-botiquines y un libro de medicina homeopática doméstica «para curarse por sí mismo en la mayoría de los casos (desde 60 reales en adelante)».

A los de Arenal la antigua y acreditada casa de Gregorio Hernando, Impresor y Librero de la Real Academia Española y proveedor de «textos, menaje y aparatos para las Escuelas, Colegios e Institutos de enseñanza» (Arenal, 11).

A los de Bordadores, los Chocolates, Cafés, Tés, Pastillas Napolitanas, Bombones y Sopas de la Compañía Colonial (Proveedora Efectiva de la Real Casa) sita en Mayor, 18 y 20, con sucursal en Montera, 8.

A los de Descalzas, las Sales Marinas para baños (10 reales), pediluvios (el añadido es nuestro) y usos domésticos del Almacén «La Esperanza» de Capellanes, 10.

El mismo almacén surtía al Barrio del Espejo con las ya citadas sales y los Vinos legítimos de Valdepeñas de las acreditadas bodegas de Merlo y Compañía, cuyo precio variaba según la añada. De uno a dos años costaba a 3,25 reales la botella y 38 reales la arroba; de tres a cuatro a 5 y 70 respectivamente; y de seis años a 6 reales botella y 90 reales la arroba, recompensándose con un real la devolución del casco.

Miguel Ginesta, encuadernador de cámara de S. M., ofrecía sus primores a bibliófilos y compradores de libros rayados, desde su imprenta de Campomanes, 8 en pleno corazón del Barrio de Isabel II.

Con menos altura intelectual, pero con el enorme interés de «pegarse al riñón, los Ultramarinos de Pedro Dorronsoro, La Vascongada, sitos en Jacometrezo, 14 ofrecían verdaderas delicias: legumbres, aceites de Andalucía, Valencia y Marsella (estos últimos para el que esto escribe inopinados), vinos y licores del reino y extranjeros quesos, conservas, galletas, salchichones y un largo etcétera. Pero no paraba ahí la cosa. Don Pedro fabricaba y expendía los más exquisitos chocolates «compuestos exclusivamente de azúcares, cacao y canelas superiores» y tostaba a diario los cafés más selectos que molía a la vista del comprador.

Pero como «de penas y cenas están las sepulturas llenas» y «más mató cena que sanó Avicena», desde Preciados, 70, La Funeraria ofrecía, de forma permanente, sus servicios: ¡sic transit delectatía mundi!

Ahuentando los fantasmas y perfumando las carnes mortales, en Carmen, 1, esquina a Tetuán, la Perfumería Higiénica de Frera, fundada en 1850 y proveedora de la Real Casa ofrecía: perfumería fina, peines, cepillos, esponjas y demás objetos de tocador, pulverizadores (de perfumes y bucofaríngeos), blancos para el cutis y tintes para el pelo. De lo más completo.

Y, finalmente, desde su consulta de Luna, 6 el Doctor Garrido aseguraba, poco más o menos, la vida eterna, pues afirmaba: «El que dicen no tiene remedio, y no consulta, es porque desea morir, o a su familia le es indiferente la existencia del paciente, pues son a más del 80 por 100 de los desahuciados que curamos de cuantos ensayan nuestro método. Aquél que le consideramos incurable no nos encargamos de él». Y con tan aguerrido y seguro galeno da fin la publicidad del cuadernillo.

Pero la vocación publicitaria de Morales no acaba ahí. En 1878 ofreció al público su Plano anunciador, orlado con ¡más de setenta anuncios! En los que, claro está, había de todo: Ultramarinos, Zapatos, Paraguas, Alfombras, Muebles, Hules, Bisutería y Quincalla, Sombreros de paja y Chocolates, Cerrajería Artística, Sedas, Espadas y Bronces, Cajas de Madera y Cartón, Tubos y planchas de plomo, Fumistería, Tejidos Metálicos, Papeles pintados, Efectos de Hoja de lata y Zinc, Ortopedia y Bragueros, Manguitos, Guantes, Camisas y Corbatas, Máquinas de todas clases, Pianos y Piedras

de Molino; y, en lugar muy preferente, el guardián de la salud de los madrileños: el doctor Garrido que, amén de recetar sus específicos los despachaba en su farmacia de Luna, 6.

Y pasemos ahora a comentar ligeramente el segundo opúsculo: la «Guía-Manual del Forastero en Madrid» de 1902 del citado Hispanico que nos da una serie de datos utilísimos. Aunque la Gran Vía no estaba todavía construida, la distancia temporal es pequeña y los datos no varían mucho. La Guía es una auténtica joya. Baste con leer su índice:

Empecemos hablando de dinero y de lo caro que era Madrid en relación con las otras provincias. Entresacando los datos de los diferentes capítulos.

Coste de vida en Madrid de 1902

Hispánico, aporta, pese a su anonimato, jugosos datos sobre el coste de vida en el Madrid del inicio del siglo.

Empezando por su propio precio –1 pts.– que ya es módico, la *Guía* nos informa de los siguiente:

<i>Alojamiento:</i>	Hoteles: 8-30 pts. (pensión completa) Fondas: 4-8 pts. (pensión completa) Casas de huéspedes: 2-4 pts. (pensión completa) Casas de dormir: 30 cts.-1 pts.
<i>Comida:</i>	Vino (1 litro 30 cts.) Pan (1 Kg. 40 cts.)
<i>Restauración:</i>	Restaurantes (carta): 2-3 pts. Cafés: Bistec (1,25 pts.); Huevos fritos (90 cts.); Café con media (40 cts.) Tabernas: Cocido completo (50 cts.)
<i>Transporte:</i>	Ferrocarril: Madrid-Pontevedra (el recorrido de más larga distancia) (1ª; 97,75 pts. 3ª; 43,90 pts.) Madrid-Guadalajara (el trayecto más corto) (1ª; 6,85 pts. 3ª; 3,25 pts.)
<i>Tranvía:</i>	10-15 cts.
<i>Omnibus (Ripperts):</i>	5 cts.
<i>Coches de punto:</i>	1, 2, 3 y 4 ptas.
<i>Ocio:</i>	Teatros: 3 ptas. (precio medio) Conciertos: 3-5 ptas. (precios medios) Circo Price (circo y zarzuelas): 3 ptas. (precio medio) Toros: 3-5 ptas. (precios medios) Juego de Pelota (Frontón Central): entrada 1 ptas.

De los hoteles existentes a principios del XX han subsistido sólo dos (París e Inglés, el primero desaparecido en fecha muy reciente).

Del aseo cabe decir que en esa fecha había en Madrid varios establecimientos en los que podían tomarse baños naturales de agua fría, templada y caliente. Su precio oscilaba entre una y dos pesetas. Había también el Manzanares casetas de baño que Hispánico considera poco recomendables. Cortarse el pelo costaba cuarenta céntimos, propina incluida a los caballeros. De las señoras no dice nada, pero indica la existencia de limpiabotas, planchadoras, que te dejaban la camisa lisa y almidonada por cuarenta céntimos y tintorerías.

Datos a los que nosotros añadimos otros referentes a la lectura que pronto se convertirá en la forma más barata de ocio. Una «novela larga» costaba 3 pts. Que era equivalente al coste de una entrada de toros o teatro. Si hablamos de «novelas cortas» surgidas a partir de 1907, su tiempo de lectura era idéntico al de los espectáculos –2 horas– y su coste –30 cts.– diez veces menor.

Hispánico contabiliza en Madrid quince teatros, dos de verano y uno infantil, un circo, conciertos de pago los domingos tarde en el Teatro Real y dos plazas de toros: una, en el casco urbano ubicada en los actuales terrenos del Palacio de los Deportes; y otra en el extrarradio, Tetuán de las Victorias (en los alrededores de la actual Plaza de la Remonta). El juego de pelota, con sus correspondientes apuestas, alternaba en El Frontón Central con representaciones teatrales y de variedades.

Para los «paseantes en Cortes» el autor señala una serie de itinerarios, que no podemos enumerar, pero insistiendo siempre en el carácter central de la Puerta del Sol.

Con respecto al comercio no deja de ser curioso que la gran mayoría de los mercados todavía subsista y con respecto a las fábricas su número era muy reducido y servían para atender las necesidades de la población: de Tabacos (Embajadores, 59), de Tapices (Calle de Fuenterrabía), de Moneda y Timbre (Plaza de Colón), de Billetes de Banco (planta baja del Banco de España), del Gas (Ronda de Toledo, 2) y de Luz eléctrica (había varias).

Tenía Madrid un gran número de equipamientos culturales: universidad, un gran número de Escuelas especiales, dos Institutos de segunda enseñanza (San Isidro y Cardenal Cisneros), ocho Reales Academias, y un gran número de Bibliotecas y Museos.

Este es el final del recorrido de Hispánico, y también el nuestro. Madrid era una ciudad con sus luces y sus sombras, abigarrada y no excesivamente bien comunicada. Pero cuando por fin la Gran Vía se hace realidad, la ciudad gana y se hace mejor.